

FRANCESC PERENYA. IN MEMORIAM

Marta JORBA
Universitat Pompeu Fabra
marta.jorba@upf.edu

Buenos días a todos y todas. Antes que nada, siento mucho no poder estar en Palma y hacer esta intervención en persona. Por varias razones me ha sido imposible viajar, pero agradezco a Joan la posibilidad de participar virtualmente en este homenaje. Aprovecho también para felicitar a Joan y a todo el equipo organizador de la conferencia por su trabajo para llevar adelante este congreso.

Empezaré mi intervención diciendo que me ha costado mucho encontrar el tono adecuado para esta comunicación. Tengo la sensación de que no ha pasado todavía tiempo suficiente desde que Francesc nos dejó para poder hablar sobre él en un homenaje, porque hay aspectos sobre los que pensar que toman su tiempo y requieren cierta perspectiva. Se requiere la distancia de la teoría, si queréis, de la que hablan los fenomenólogos, el distanciamiento del objeto tematizado —un tema, por cierto, que Francesc introducía en sus clases a través de *Ser y Tiempo* de Heidegger y del famoso ejemplo del martillo. Una actitud (teórica) hacia las cosas que muchas veces es posible sólo cuando el martillo de rompe, o sólo cuando alguien ya no está, en su ausencia. Hay aspectos del tematizar la ausencia de alguien que creo que solo aparecen con el tiempo y a veces sin esperarlos o precisamente sin querer pensarlos, sino que se viven y se sienten de un modo «implícito», como sedimentos que lentamente van haciendo pozo a medida que la vida nos presenta situaciones (parecidas a las de antes o nuevas) en que personas que antes estaban ahora ya no. Aunque quizás es reciente todavía, como decía, sí que es verdad que ya se han ido dando momentos, y el tiempo suficiente para que estos sedimentos vayan aflorando a la superficie y nos vayamos dando cuenta de ellos, para así poderlos llevar a la atención y a la palabra.

Empezaré con una anécdota, de las muchas que podemos contar en relación a Francesc, que me permitirá hablar de la persona y el filósofo que Francesc fue de un modo que creo que puede resonar en muchos de vosotros/as.

Era hacia el año 2008, cuando empecé a hacer el doctorado con él, en una de las primeras reuniones que tuvimos. Me presenté a su despacho para la reunión y me di cuenta de que Francesc había traído una bolsa grande de deporte que pesaba mucho. Amante del deporte no era, precisamente, como sabéis. Lo que esa bolsa contenía era un número desorbitado de libros que me había traído para que “empezara a leer” sobre fenomenología, sobre Husserl, etc., y pudiera así empezar a delimitar los temas de mi tesis. Como os podéis imaginar, salí de ese despacho entre ilusionada y abrumada, entre entusiasmada y perdida. Supe después que el camino de la tesis ya era esto, navegar entre el entusiasmo y la desesperación. Este hecho podía ser abrumador, como en efecto fue —ya se lo había dicho muchas veces después— pero creo que ilustra algo importante de Francesc, a saber, su *generosidad*, su actitud de dar y compartir todo lo que estaba en sus manos para contribuir a la formación de sus alumnos. Podemos hablar de libros, pero también de conversaciones, de dedicación a los textos de otros, de correcciones infinitas sobre los textos que le mandábamos, y sobre los cuales siempre encontraba algún detalle u otro para comentar. Generoso con su tiempo: aquellos momentos en que todo se paraba y las cosas mismas de la filosofía era lo único que importaba. También era generoso con la gente que conocía: era hábil en poner a la gente en contacto —de ahí también el grupo que somos actualmente en el GEF y más allá de él.

Su generosidad era especialmente también *intelectual* y en un doble sentido: por un lado, era generoso en compartir sus ideas y su conocimiento, y por el otro, también en escuchar y recibir las ideas de otros.

Este último punto me parece especialmente importante en un ámbito como la filosofía y una profesión como la nuestra, en la que las tradiciones, los autores, etc., a menudo forman estos compartimentos estanque con sus propias reglas, sus conceptos fetiche y sus trincheras académicas. Francesc era generoso al entrar en discusiones con sus colegas kantianos, o del idealismo alemán, o con sus colegas analíticos, a los que intentaba convencer de la relevancia de la fenomenología y de las ideas que él pensaba importantes, pero a la vez estaba abierto a examinar otros puntos de vista y a entender la filosofía como un proyecto colectivo donde las distintas perspectivas, también las distintas tradiciones, son relevantes. La RAE dice que una acepción de ‘generoso’ es ‘desinteresado’ y, aplicado a la tierra, ‘fértil’, ‘fecundo’, ‘rico’. La generosidad de Francesc en el ámbito intelectual se materializó, a mi modo de ver, con un diálogo fértil, fecundo, rico, con filósofos y tradiciones filosóficas más allá de Husserl, que era su favorito (y también a pesar de que su inclinación siempre fuese decir algo tipo “Husserl ya lo había dicho

en alguna página de su inmensa obra”). Esta actitud filosófica abierta, diríamos, forma parte de una manera de entender la filosofía que libera más que encierra, que da alas más que limita. En mi caso particular fue crucial para mi desarrollo filosófico y también para mi manera de entender la filosofía, como de algún modo más allá de las divisiones (quizás tan necesarias como peligrosas) entre filosofía continental y filosofía analítica, por ejemplo. A Francesc le gustaba «ir a las cosas mismas», hablar de los fenómenos, de los temas, pensar las cosas mismas a través de los textos de los filósofos y por uno mismo.

Fue quizás esta apertura, a la vez, esa generosidad, la que le trajo alguna que otra preocupación al tener estudiantes que nos íbamos por otros caminos no estrictamente husserlianos. Francesc no sé cansó de decirme, durante bastante tiempo, que “él me daba consejos académicos y yo hacía lo que me daba la gana” (y se reía después). El hecho era que en mi tesis, aunque fenomenológica en espíritu, no había tanta fenomenología en el sentido clásico y husserliano cómo hubiera querido Francesc, sino que se centraba en una cuestión de la filosofía (analítica) de la mente contemporánea. Se quejaba cuando a veces le mandaba textos que discutían la fenomenología del pensamiento, o la intencionalidad, con autores que se alejaban de la fenomenología clásica. Pero él entraba en los textos, los pensaba, los discutía. Con atención, con paciencia, con rigor. Al final creo que me hice perdonar, por así decirlo, con un artículo que escribí sobre el concepto de horizonte en Husserl, que salió publicado en el año 2020, algunos años después de hacer la tesis y cuando Francesc creo que ya había aceptado, y creo que hasta medio celebrado, mi camino poco ortodoxo.

El grupo de estudiantes, de discípulos, si queréis, que Francesc dejó es una muestra viva de su propia manera de entender la filosofía y la fenomenología. El Grup d'Estudis Fenomenològics, que él presidió durante décadas, lo forman actualmente un conjunto de filósofos/as de varias familias filosóficas y de distintos intereses y estilos, unidos, también claro, por un interés por la fenomenología o algún aspecto de ella. A alguien le podrá parecer poco unitario, pero creo que a Francesc ya le gustaba la variedad y la crítica interna, al más propio estilo Husserl y, no era, de hecho, nada dogmático respecto a las posturas filosóficas, como tampoco respecto a otras cuestiones de la vida.

Ahora que yo misma tengo doctorandos y he empezado a dirigir tesis doctorales es cuando me doy cuenta de la generosidad de Francesc en muchas de sus dimensiones y también de su legado en su forma de hacer y practicar filosofía, propia de alguien ocupado en las “cosas mismas” de una forma que conseguía

ir al más específico detalle de una cuestión a la vez que tomar perspectivas más amplias y globales. (¡Quizás a veces tan ocupado con las cosas mismas, que las tareas más prácticas y cotidianas podían devenir una odisea a su lado!). Decía que ahora soy más consciente de lo que implicaba su dedicación a mi trabajo, del tiempo que invertía, de las horas de discusiones, de su predisposición a guiar, a corregir, a comentar, a quejarse si era necesario, pero, sobre todo, su maestría, el hecho de que fue un maestro y no un simple buen profesor. Me doy cuenta del legado precioso que nos dejó, que me atrevería a decir que no es ni más ni menos que el goce por la filosofía y por la filosofía compartida como una manera de estar en el mundo.

Muchas gracias.

Recibido: 23-11-2025

Aceptado: 01-12-2025